

Ángel Crespo: poesía y naturaleza

José Corredor-Matheos

La naturaleza suele tener un papel tan relevante en la poesía que muchas veces el poeta siente que su propia voz surge de ella. Esto puede producirse con mayor o menor frecuencia e intensidad, pero lo más interesante es acaso la manera como lo hace y su especial significación. Hay que tener en cuenta, naturalmente, la relación que haya podido existir en la infancia y tiempo de formación, y, por otra parte, es comprensible que en los poetas de formación exclusivamente urbana el papel de la naturaleza sea menor o sea sustituido por el paisaje ciudadano.

En la poesía de Ángel

Crespo, el campo y elementos que lo pueblan están muy presentes: "son las personas, los animales, las plantas, las piedras, en fin, todo lo que existe en la Naturaleza, excepto la maldición de lo urbano", ha escrito Manuel Mantero¹. Ya en uno de sus primeros poemas, la voz del poeta surge precisamente entre los árboles y canta con las aves: "En todas partes una lengua emerge / que entre los árboles canta (...) Ignoro cuántos pájaros / tiene mi voz que en los árboles vive (...) Canta debajo de las ramas verdes. / Con las aves que nacen de mi boca, / canta de prisa encima de mis labios" (I-37)².

Es indudable que la larga intimidad del poeta con el campo, en Alcolea de Calatrava, donde nació, y más tarde en el campo de Ciudad Real, fijaron en su memoria sensaciones que irán apareciendo posteriormente, cuando el poeta viva alejado de



aquellos parajes. Y no olvidemos que su vida ha constituido un peregrinaje por países y latitudes muy diferentes. El recuerdo del trigo, la jara, la retama, el chaparero pueden aparecer, de pronto, en contraste con la vegetación de paisajes muy distintos. Primero serán puntos del territorio español, como Gredos, donde ve la capra hispánica. El campo de su infancia llega a superponerse o, al menos, a inferirse con las nuevas visiones: "Veo que la retama de Alcolea / pernocta junto al Arno" (I-263), "Cierro (lo olvidó) la ventana en (Alcolea) Mayagüez" (I-291). Y, con el mundo vegetal, el animal, que

resulta para él tan entrañable: En Upsala, "Un ciervo de cristal" "maravillosamente transparente" se "detiene a beber en el arroyo / en el que una mujer posa las manos / sin enturbiar la imagen / del tiempo..." (II-17). Sus largas estancias en diversos países, sobre todo en Italia, norte de Europa, Holanda y América, ésta con la vegetación del trópico, tan distinta a la de su tierra manchega, han ido dejando el poso de experiencias que descubrimos en sus versos.

El árbol puede convertirse en referencia de la naturaleza entera: "Mientras iban creciendo / estos árboles, yo / daba vueltas al mapa / diario de mis sueños. / Y cada rama era el nombre de un país, y cada hoja / una ciudad con torres o mezquitas (II-78). La simbología del árbol es una de las más ricas. Como símbolo de la regeneración ha tenido siempre un significado

RESUMEN:

José Corredor Matheos es, además de crítico de arte y enorme poeta, un sutil lector y crítico de poesía. A su amistad con Crespo dedica este trabajo centrado en el papel que en la obra de éste desempeñan la naturaleza: personas, animales, plantas, piedras, etc. Para Corredor, la Naturaleza supuso finalmente una especie de fusión con un universo primitivo y de libertad, la religión con algo de lo que el poeta -Crespo- siempre haber formado parte desde siempre.

esencial en la obra de todo poeta que sepa percibirlo. Así, en el caso de Ángel Crespo leemos que "Quien ha tocado un árbol ha sentido a la nada (al estar de la nada) invadirle la mano, la muñeca, las venas, y ha huido, apresurado, para no alojar su silencio (la gran conformidad)" (I-288).

Las preguntas que se hace el poeta sobre lo que sienten las plantas pueden recordarnos la creencia de Rubén Darío, expresada en memorable poema, de que el árbol es "apenas sensitivo". Ángel Crespo se pregunta "¿Qué sienten de su mundo las plantas? ¿Sienten que se hallan inmersas en un mundo intenso, ilimitado, aunque sean otros sus sentidos? ¿Y cómo en mis huesos, ya un tanto envejecidos como ramas -concluye- es posible que quepan también tantas preguntas?" (III-297). Al final de otro poema leemos: "Una hoja diminuta muestra en sus caras contrapuestas y en sus infalibles aristas todo lo que la historia continúa ignorando" (III-295).

Todo poeta, enfrentado a la naturaleza termina por percibir que forma parte inseparable de ella y sentir que se disuelve en ese infinito mundo, y con la anulación de su yo recobra por unos instantes la libertad. Lo constatamos en esta poesía, donde la libertad va unida a momentos de abandono, previo a la comunión con la naturaleza. El árbol es siempre misterioso, porque nos habla, y su voz, en el lenguaje de los símbolos es la voz de un dios. Además, el árbol nos remite a algo que está tanto dentro de él como de nosotros mismos. Y cada cosa, en la poesía de este autor, nos remite a otra, encierra otra: "Dentro del árbol / crece otro árbol / que ignora el árbol", al igual que "Dentro del río / surge otro río / mayor que el río", como "Dentro de mi alma / brilla otra alma / que ofusca mi alma" (III-366). Esto tiene algo de espejos enfrentados que multiplican el espacio hasta el infinito, el infinito en que el hombre se siente unas veces perdido y otras fundido en él.

Pájaro, cifra del universo

Si el árbol es el ser vivo de la naturaleza vegetal más relevante, el pájaro lo es de la animal, y a él se refiere en numerosos poemas. También es igualmente relevante su importancia simbólica. El pájaro es símbolo de los estados superiores del ser y de las relaciones entre cielo y tierra, y así lo siente el poeta cuando escribe: "La alondra, cuando asciende / cifra es del universo; pues al volar imita / a los cuatro elementos" (III-266). De los restantes animales, el que parece atraer más al poeta es el caballo. Si vuelvo a referirme ahora a los valores simbólicos es, no sólo por la significación que puedan tener aunque sea a nivel subconsciente en muchos poetas, sino también por el interés e importancia que les otorgaba Ángel Crespo. En el caso del caballo veneciano de uno de sus poemas se trata de un caballo que surge de las tinieblas y que, más que por su posible significación de portador de vida, lo es muerte.

Junto a los seres que, en la vida cotidiana, conocemos como vivos, las aguas: el río, el mar, la lluvia. Los poetas, con frecuencia, no ven las aguas, las montañas, las piedras, como seres inanimados, sino llenos de una vida desconocida, misteriosa e inquietante. Y si en los pueblos que ahora se conocen como "primeros" -para evitar el peyorativo y por muchos conceptos erróneo de "primitivos"-, los ríos y las montañas, al igual que los árboles, se hallan próximos a los dioses, si no los son ellos mismos, a los poetas les quedan en muchos casos ecos de estas sensaciones, cuando no se trata de crear juegos culturales. Para Ángel Crespo, el río tiene la magia de la infancia y el valor de símbolo de comunicación con la totalidad del Ser: "Como el agua del río va feliz / e ignorante hacia el mar, donde su alma / será la de las olas..." (III-289). Ríos de España -como el Guadiana-

o de los países donde vivió, como el "joven Rin" o el de Puerto Rico "a punto de desbordarse"-.

Si la voz del árbol es profunda y misteriosa, y puede hablar con distintas e innumerables voces, ¿qué decir del mar? "¿Qué dice el mar que no veo? / ¿O no dice ni palabra? (...) ¿A quién hablan cuando caen / monótonas estas aguas...?" (II-418). Viva es también la lluvia, "Detrás de cada lluvia se agazapa / un oscuro animal, amenaza / imagen para el hombre que en el agua / siente a su propia vida golear" (I-88). Sabemos que la lluvia tiene, entre otros posibles significados, el de purificación. Y si el poeta resulta purificado por el agua, lo serán también el aire y la naturaleza entera tras la lluvia. El viento guarda relación con los árboles y la naturaleza por entero. Es capaz de removerlo todo y "Los cimientos del aire se conmueven / y ya nada es igual" (III-325), como se comprobará ante los huracanes del trópico: "¿Cómo es una ciudad en la que sólo habita el viento? El huracán ha cambiado el nombre de todas las cosas" (II-159) ².

El poesía de Ángel Crespo parte en general de un punto concreto del espacio y el tiempo, y de aquí que la naturaleza se muestre cambiante según la hora y la estación. La plenitud es el mediodía. La naturaleza estalla y se da / por entero? Se percibe con claridad en junio, "Junio feliz / entre los vivos y los muertos, / no entre el ser y el no ser / sino todo lo más / entre el rebaño y las ortigas" (II-101). Las sombras abren nuevos ámbitos. Y advertimos, como en muchos otros poetas, cierta predilección por el ocaso, el momento en que el día y la noche se revelan como las dos caras de una misma realidad: "A la hora del crepúsculo, / más evidentes luz y oscuridad / se me hacen..." (III-13). Las flores dan testimonio del profundo cambio y se abre para ellas la noche, "inmensa flor" (III-20).

Es interesante comprobar que lo vivido se confunde a menudo con lo imaginado, si no es que las experiencias son vividas en un plano en que lo real y lo que llamamos imaginario pueden llegar a ser una misma cosa. En uno de los poemas se ha visto dibujar "al campo sus flores (...)" cuando aquí no había campo / que ver, ni ojos que vieran que no había, / cuando era todo tanto imaginar / que imaginado ya era más que visto / -y el deseo mayor, hecho ya mundo" (III-352). En una contradicción que sólo puede explicarse en niveles profundos -nos acercaremos si aceptamos que en el momento de la creación la fina membrana que separa lo exterior de lo interior se disuelve-, el que se parta de momentos concretos vividos no impide, sino que respalda, que esta naturaleza contemplada y sentida por el poeta sea interior. Lo que se percibe es "La realidad entera", y leemos en el poema con dicho título que ese "misterio no dice: / se muestra, y contemplarlo / es prodigioso oficio, pues se hace / la mirada interior una con él / aunque a sí misma no pueda mirarse" (III-250). ■

NOTAS

¹ Manuel Manteco: *La poesía de Ángel Crespo*. "Anthropos", núm. 97, Barcelona, junio de 1989, p. 37.

² Las citas de versos de Ángel Crespo corresponden a los volúmenes y páginas de la edición de su *Poesía* (Valladolid, Fundación Jorge Guillén, 1996), que, en cada caso, se indican, entre paréntesis, en números romanos y arábigos respectivamente.

³ Ángel Crespo: *Los trabajos del espíritu. Diarios (1971-1972/1978-1979)*, edición y notas de Pilar Gómez Bedate, Barcelona, Seix Barral, 1999, p. 320.